



AÑO V.—NUM. 233

REVISTA SEMANAL PARA NIÑOS (Sale los jueves)

Madrid, 26 de octubre de 1933

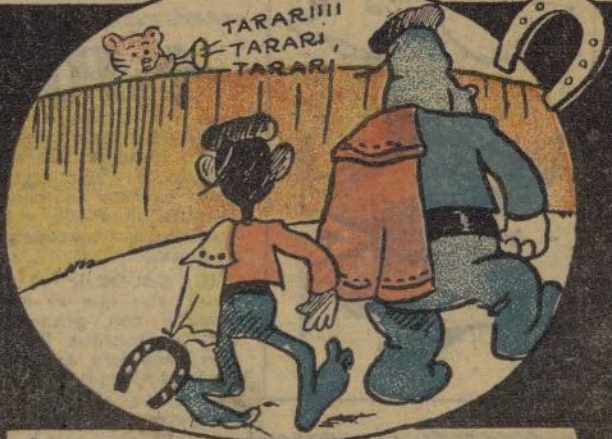
EL TORERO O LA HERRADURA DE LA BUENA SUERTE



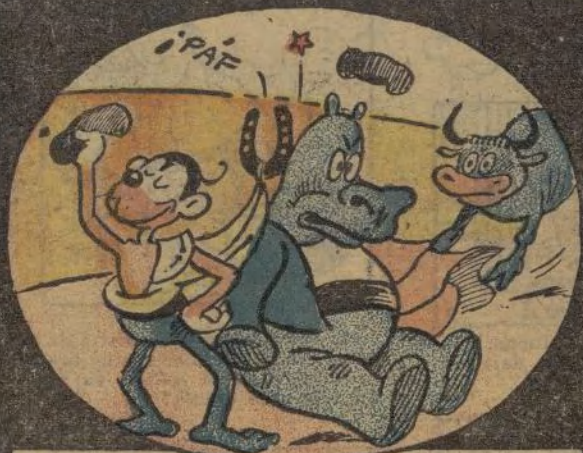
1 Aquella tarde se celebraba la corrida en que Pimentón y Tempranito iban a disputarse la oreja de oro.



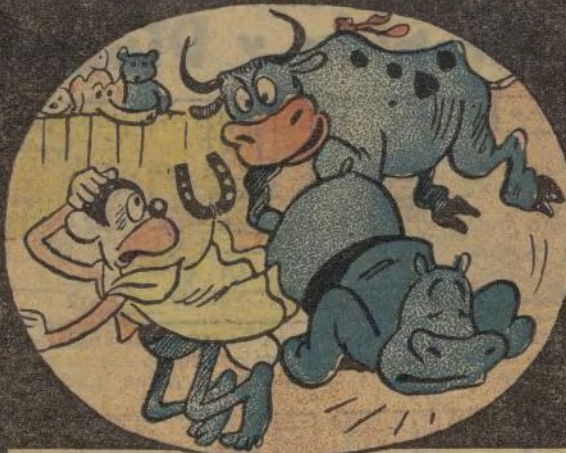
2 La tía de Tempranito, deseosa de que su sobrino fuera el vencedor, le ató al capotillo la herradura de la suerte.



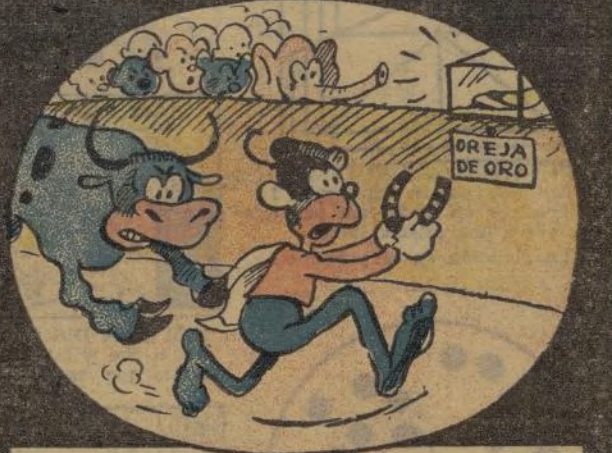
3 Pimentón y Tempranito hicieron triunfalmente el paseillo. El público aplaudía hasta enronquecer.



4 "Gracias, gracias, amado pueblo"—exclamó Tempranito. Y al volverse, le arreo un lapo a Pimentón.



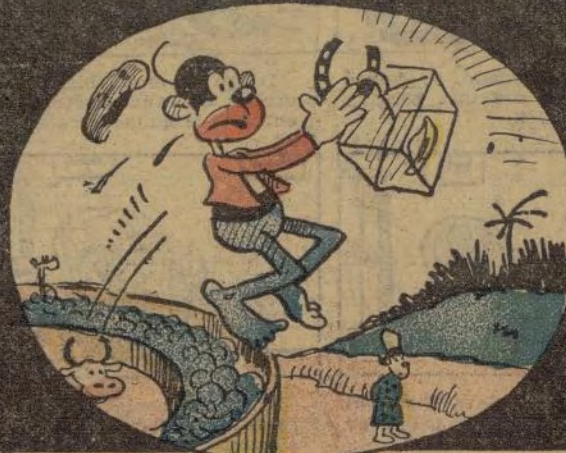
5 Pero ya la fiera estaba en el ruedo, y Tempranito, prudentemente, optó por poner tierra por medio.



6 "Espera, precioso—decía el toro—. Que te voy a sacudir una cornadita en el hígado. ¡Espera!"



7 Y Tempranito dió un paso en falso, empujándole el morlaco en la parte delicada que podéis ver.

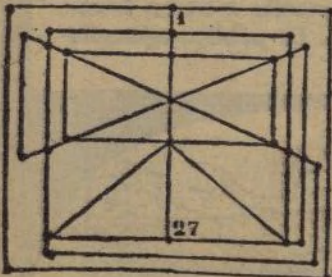
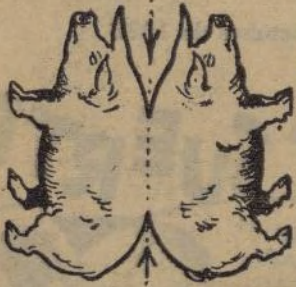


8 Pero Tempranito había tenido suerte, y con la herradura enganchó la urna donde iba la oreja de oro.

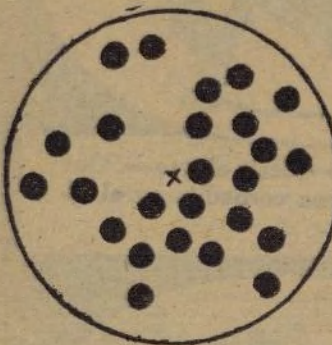


9 Y la sorpresa y la alegría de su tía fué enorme al ver a Tempranito que había ganado la oreja de oro.

FIGURAS RECORTABLES



Hay que partir del punto 1 y terminar en el 27, sin pasar dos veces una misma línea.
(La solución en el próximo.)



Hay que trazar dentro de esta circunferencia, otra que pase por seis de los discos pequeños.
(La solución en el próximo.)

ACERTIJO

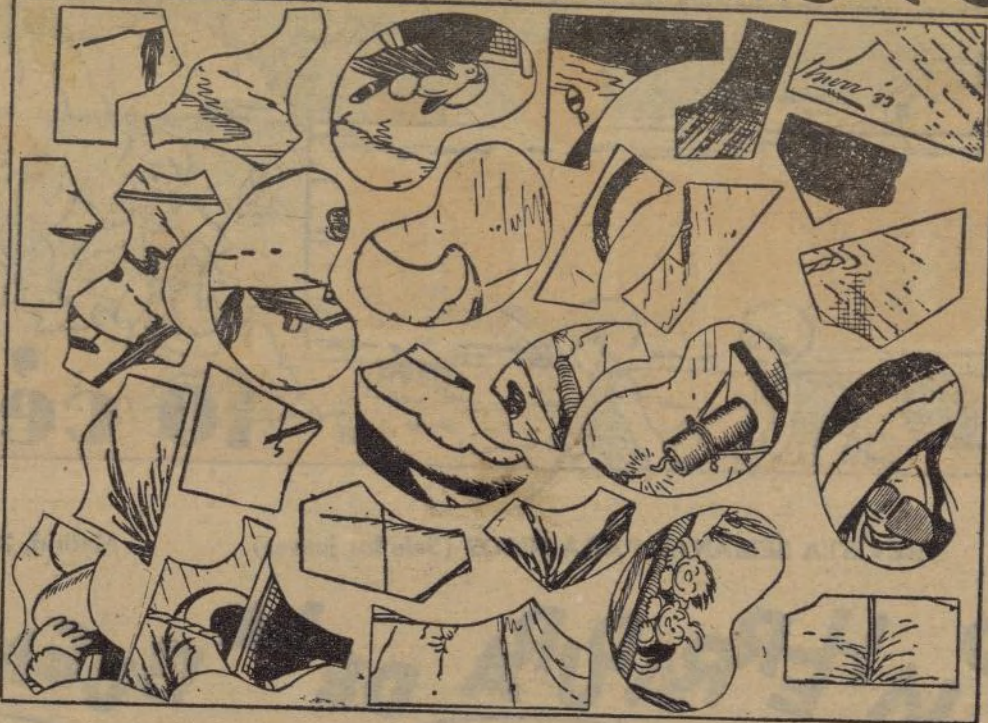
Sin ser cruz voy siempre a [cuestas].
Cuando hablo al mundo espanto.
Hablo con voces de fuego sin [ser Espíritu Santo].

(La Escopeta)

Francisco Correche

(11 años, Barrio de S. Dámaso)

ROMPECABEZAS



JUEGOS Y DEPORTES

Viñals, nuestro gran motorista, ha quedado subcampeón del mundo de "dirt-track", en la gran carrera internacional celebrada en París, y en la que participaban corredores de doce naciones.

El "dirt-track" es un deporte americano que se implantó en España con gran éxito hace tres temporadas. Durante estos tres años este deporte han ido perfeccionándolo nuestros pilotos, hasta el punto de poder competir aliosamente con los más expertos entre los extranjeros.

El "dirt-track" es el deporte más apasionante y espectacular. Se corre en pistas de ceniza, y



sobre "motos" puestas a "punto" para alcanzar grandes velocidades. Los corredores llevan

en el pie izquierdo un garfio de hierro para clavarlo en la ceniza al tomar los virajes, ya que éstos se toman sin aminorar la velocidad. Esta circunstancia pone una gran emoción en estas pruebas, pues las curvas tomadas de esta forma son peligrosísimas.

El "dirt-track" es un deporte en el que el peligro existe siempre. Rara es la carrera en que no se registran caídas aparatosas. En España han muerto ya dos corredores por accidente. Actualmente sólo se practica el "dirt-track" en Barcelona, aunque sus entusiastas piensan implantarlo este año en Sevilla y Madrid.

Don Simplón y Dinamita



El pobre Dinamita lo que tenía es que entre el Sol y las vitaminas estaba más quemado que un cangrejo cocido.



Y el infeliz se abrasaba en un fuego, que más que fuego era un incendio con derrumbamiento. ¡Eran muchas calorías!



Don Simplón, todo angustiado, se dedicó a lavar al pobre perrito con una pomada refrescante de su invención.



Luego le vendió bien todo el cuerpo con vendas de caucho refrigerado, para que al enfermarse le quitasen calorías.



Y entonces, y después de lavado y vendido a perfección, se dispuso a poner en práctica su gran idea.



Y gráficamente podéis ver demostrada la gran idea de don Simplón. ¡La de meter a Dinamita en una nevera!



Queri 2 A qui to.
Hoy voy a habla
DANA: es
1D LO S
+ boni D
D bi NOTA a SU SU jard
INES avill
El Ja y el
son LO s que
le -s Dan y X lo
NOTA vega:
riquisi + y Nlla
se p du Cn
muy p cia 2
El hipodromo de
ga -e: un
duda el + bello D
LO AUSTRIA LE Pert N
C p vincia D
MADRID y ti N 1000 ba
bitan T: 1D LO
ntios + visita 2 X
LO turist TA. Gronotan.



El dibujante sigue distraído y ha vuelto a cometer otra falta imperdonable. ¿Cuál es la falta de este dibujo?



Con las letras iniciales de las cosas dibujadas formar un nombre de mujer.

CANTAR

Todos los jueves espero a que salga JEROMIN, porque es alegre, aunque tenga su corazón de serrín.

Juanito Cervera Dellá
Traiguera. (Castellón)



Este pequeño artista, que se llama F. J. Barandiarán y Allende, de San Sebastián, hace a los once años unos retratos como el que veis de Gorostiza. ¡Nada más!



Manuel Veguizas, de doce años, de Tórtola de Henares, envía este precioso dibujo de tema religioso, en el que todo es admirable.

LA METAMORFOSIS



El criado de don Tremendo se había dormido, y el pillete Periquito, que era más malo que un nublado, decidió jugarle una trastada.



Y como el jaco de don Tremendo le agradaba más que el suyo de cartón, decidió aprovechar el sueño del sirviente para llevárselo.



Periquito marchó tranquilamente con su nueva montura, mientras el criado soñaba que le crecía tanto el pelo que no le cabía el sombrero.



Y al que no le cupo en la cabeza el asombro fué a don Tremendo cuando vio la prodigiosa metamorfosis sufrida por su caballo.

COLABORACION INFANTIL



Decididamente a nuestros colaboradores les agrada el retrato; ved este de Goya, hecho por el niño Francisco Aponte, de Canarias.



Miguel Lázaro, de Burgos, nos remite este precioso dibujo de la rana Flix, tan gracioso, que parece que la ranita acaba de salir de darse un baño.



Luis Serrano, de Posada (Córdoba), nos envía esta preciosa reproducción de un gaucho a caballo. Miradle de prisa, antes de que salga corriendo el jaco.



¡Has sentido muy bien la majestad divina del Cristo de Velázquez al reproducirlo a pluma, admirable amigo Fernando Pérez Palacios! ¡Enhorabuena!



SANTA TERESA
Rafael Acero. Madrid.

“Anillo, Tapiz y Broche” cuento

Un sabio varón, al morir, dejó a su hijo en herencia tres objetos preciosos: un broche, un anillo y un tapiz. El anillo tenía la virtud de que aquel que se lo ponía al dedo, conquistaba la sabiduría. Con el broche puesto al pecho, se podía pedir cualquier cosa en la seguridad de obtenerla, y en cuanto a la alfombra, bastaba sentarse en ella y desear ver algún país lejano, para que al instante la alfombra volase por los aires llevando al viajero al sitio deseado.

Cuando el muchacho se vio en posesión de los tres maravillosos objetos, decidió utilizarlos al punto, desoyendo los consejos sabios de su padre, que le había prevenido de que los utilizara cuando fuera mayor de edad, y tuviese, por lo tanto, conocimiento y experiencia de la vida. Pero él era un muchacho impaciente e impulsivo, y al punto se puso el anillo al dedo, conquistando al momento la estimación de las gentes. Pero entre sus nuevos amigos había un malvado, que decidió averiguar en qué consistía el poder oculto de aquel muchacho. Le fingió gran amistad, y el inexperto joven le confesó el poder mágico del anillo. Al día siguiente, al despertarse, se encontró con que la sortija había desaparecido. El falso amigo se la había robado. No se apenó mucho por ello, y decidió emplear la poderosa fuerza del broche; pero como al perder el anillo había perdido la estimación de las gentes, decidió cam-

biar de residencia, y sentándose en la alfombra mágica, formuló el deseo de trasladarse a un país desconocido para él. Su deseo fué cumplido al punto, y en pocos segundos la alfombra



le transportó a un país desconocido.

Pronto hizo grandes amistades, pues gracias al influjo del broche conseguía todas las cosas que deseaba. El mismo ma-



go malvado que le robó el anillo había averiguado ahora su paradero, y, asombrado del lujo del muchacho, pensó que es-

te debía de poseer otro maravilloso talismán. Entonces habló con su hermana, que era otra maga maldita, y ésta, poniéndose al dedo la sortija robada, se ganó al instante la estimación del joven irreflexivo, hasta el punto de confesarle en qué consistía su mágico poder.

Una noche la joven le dijo al muchacho: “¡Oh, príncipe magnánimo, me harías dichosa si esta noche me permitieses lucir tu broche en una fiesta que dan en palacio”. Y el joven, sin sospechar, entregó la joya a la maga maldita, que huyó con ella, riéndose de la candidez del joven. Este pasó días y días pensando en el broche, y ya seguro de que se lo habían robado con las mismas artes con que le robaron el anillo, decidió ir en busca de la alfombra mágica para huir de aquel país. Pero cuando llegó a la estancia en donde guardaba el preciado objeto, acertó a ver cómo por la ventana huía la joven montada en la alfombra. Y oyó que la maga le decía: “¿Cómo querías conservar esto para ti? ¿No sabes que tengo el broche que concede todo lo que se le pide? Pues mira, acabo de pedirle la alfombra”. Y soltando una burlona carcajada desapareció en el espacio.

El joven lloró lo que ya no tenía remedio, y así es cómo pudo convencerse de que los muchachos no deben intentar nada por su cuenta, en tanto que los años no les hayan enseñado a prevenirse de los peligros del mundo.

Para vuestro Album de Historia Natural



Oso de Siria



Conejito de Indias



Murena griega



Lobo de America

Repollo



“Espera, ladrón, si no te quiero para nada malo.” Así gritaba Repollo a un hermoso conejo que se le había escapado en el momento.



“No se me escapará—exclamaba indignado—. Gracias a mi estupenda langosta cazadora lograré sacarle de su escondrijo.” Y dicho y hecho.



“Anda con él, monina, que no se te escape, que te voy a dar el primer premio de la Sociedad de caza y pesca. Métele mano, que, si no, no comemos.”



Y, efectivamente, la célebre langosta cazadora cumplió su cometido, y aquí podéis ver de la forma original que Repollo “pescó” el conejo.

PRISIONEROS DEL MAR

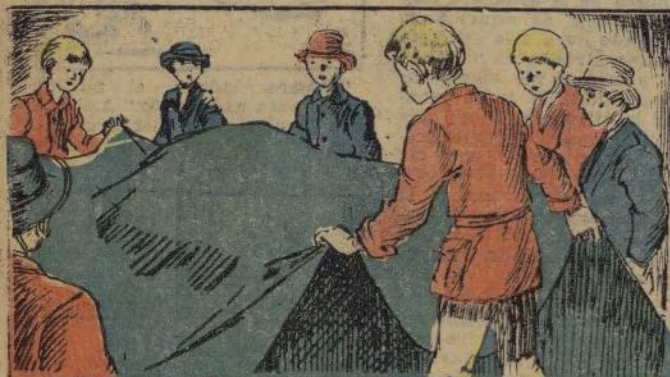
CONTINUACIÓN



110.—Sobre el armazón de la balsa dispusieron la plataforma con tablas del puente y del casco del yate. En esta tarea invirtieron tres días.



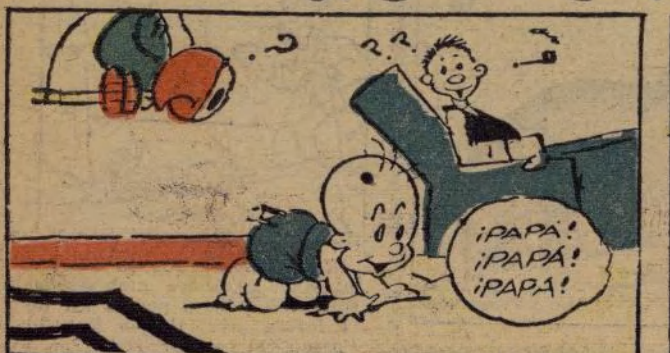
112.—Para aprovechar las mareas vivas del plenilunio, comenzaron a cargar rápidamente la balsa. Los objetos pequeños a brazo; los pesados con ayuda de un cabestrante.



114.—Al amanecer del día del plenilunio, deshicieron la tienda y transportaron las camas a la balsa. Cubrieron la carga con una vela y esperaron la subida de la marea viva.



116.—La alegría fué general y estruendosa. Armados de largas pértigas, los mayores dirigían la embarcación, evitando que se acercara demasiado a la orilla derecha, pantanosa.



I.—“¡Papá! ¡Papá!” Así exclamaba el nene por primera vez en su vida. “¡Papá! ¡Papá!”



111.—Las orillas del río comenzaban a helarse. El abrigo de la tienda era insuficiente, y pasaban las noches envueltos en mantas y apretujados unos contra otros.



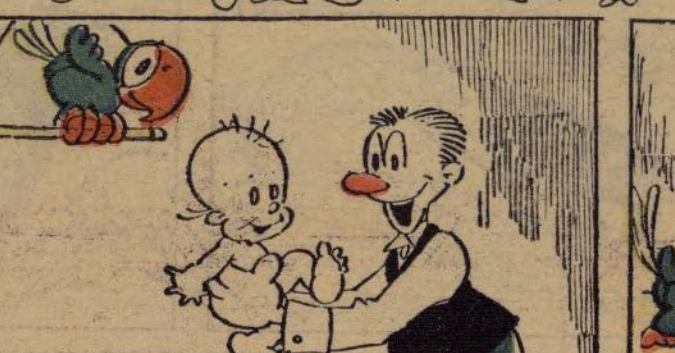
113.—Todo estaba ya dispuesto. Pero antes de abandonar la playa, quisieron izar una bandera sobre el acantilado, para llamar la atención de los barcos que pudieran pasar cerca.



115.—Se sintió un crujido en el maderamen; se soltaron las amarras y la embarcación comenzó a remontar la corriente, llevando a remolque la canoa.



117.—Cuando a mediodía comenzó el descenso de las aguas, amarraron la balsa para que no retrocediera, decidiendo a esperar sobre ella la subida del día siguiente.

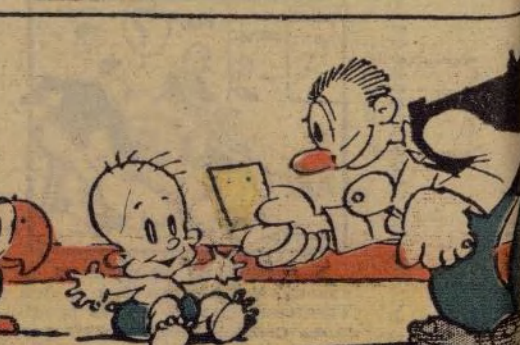


II.—“Ven aquí, tú, encanto, precioso, melocotón sin pelusa, que dices ya papá y mamá.”

APRENDIENDO A PINTAR



LA COTORRA SABIA



III.—“Toma, ‘salao’, alegría de tu padre. Toma esta galleta por haber dicha ya papá.”



IV.—“¡Caramba con el niño! Por decir papá le dan dulces; ni que lo dijera en inglés.”

LAZARILLO DE TORMES

CONTINUACIÓN



110.—Sacando fuerzas de flaqueza y con la ayuda de buenas gentes, di conmigo en la ciudad de Toledo, en donde, con la merced de Dios, a los quince días se me cerró la herida.



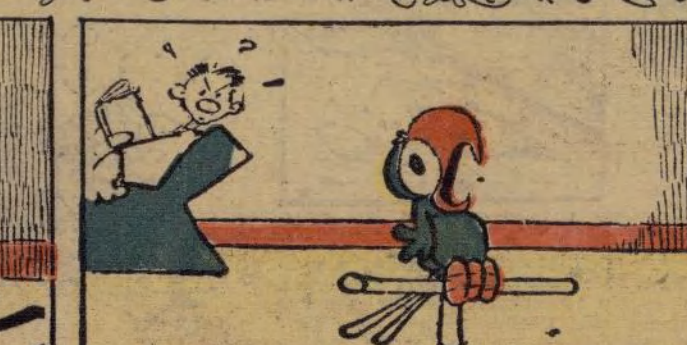
112.—Discurriendo así de puerta en puerta, topóme Dios con un escudero que iba por la calle con razonable vestido, bien peinado, su paso y compás en orden.



114.—Seguíle, dando gracias a Dios. Era de mañana y llevéme tras sí por las plazas donde se vendían provisiones. Yo pensaba que allí me cargaría de lo que se vendía.



116.—Al salir, iba yo contentísimo, al ver que mi amo no se ocupaba de buscar de comer. Pensé que su casa estaría bien provista y que estaría a punto la comida.



V.—“A mí no me pisa el terreno esa calcomanía. Voy a ganarme la galleta. ¡Papá! ¡Papapapá!”



111.—Mientras estaba malo, siempre me daban limosna; mas después que estuve sano, todos me decían. —Tú, bellaco y gallofero eres; busca, busca un amo a quien sirvas.



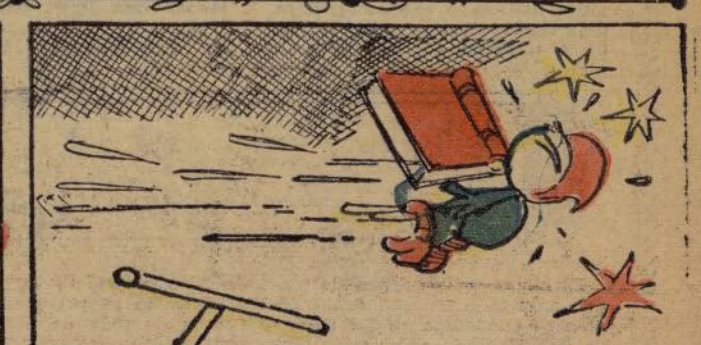
113.—Miróme y díjome — Muchacho, ¿buscas amo? Pues vente tras de mí, que Dios te ha hecho merced en topar conmigo. Alguna buena oración rezaste hoy.



115.—Mas pasaba de largo por todas estas cosas, y yo imaginé que era porque no las hallaba a su gusto. Dieron las once, y entonces entré en una iglesia, donde oímos misa.



117.—Daba la una de la tarde, cuando llegamos a una casa, ante la cual mi amo se paró, y desmenuzándose la capa, sacó una llave de la manga y abrió la puerta.



VI.—“¡Toma, imitadora! ¡Para que te burles de mi hijo!” “¡Rediez! Esto ha sido un galletazo.”

EN SERIO Y EN BROMA

Para medir el tiempo, los antiguos usaban procedimientos ingeniosos. Para medir la noche empleaban unas velas pintadas con franjas blancas y negras de igual anchura. Por el tiempo que tardaba la llama en llegar a cada franja, medían las horas. También usaban una cuerda, con nudos equidistantes, y, prendiéndole fuego por un extremo, deducían el tiempo transcurrido por el punto hasta donde se había consumido.



—Dígame, ¿en esta fonda se duerme tan mal como se come?
—Hay pulgas?
—¿Pulgas? ¡No, señor! Como las chinches abundan más, pues se las comen todas.



Todas las grandes carreteras que cruzaban el Imperio romano, y que estaban construidas con anchas losas de roca volcánica, de granito y hasta de mármol, convergían en un mojón de oro que había en Roma al pie del Capitolio, cerca de la tribuna de las arengas.



—¿Cuánto me lleva por retratarme de cuerpo entero?
—Dos pesetas.
—Es que mi madre sólo me ha dado dos reales.
—Entonces te retrataré las orejas.



La rémora es un pez que puede hacer viajes larguísimo sin molestarse en nadar. Por medio de una ventosa que tiene encima de la cabeza, se pega al vientre de algún tiburón, de alguna ballena o cachalote, y se deja transportar. A veces se adhiere también a los cascos de



El bloque más grande de piedra empleado en una construcción se encuentra en las ruinas de Balbek. Este sillar mide cinco metros de ancho, por cinco

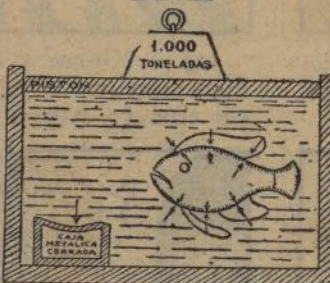
los barcos, y los antiguos creían que hasta podían detenerlos en su marcha.



—Hacen mal los señores en ponerse así tan pronto; piensen que aún nos quedan cinco horas de paseo.



Las erupciones de un volcán van cubriendo de lava las orillas del cráter, hasta elevarlas en forma de montaña cónica. El fenómeno presenta alguna semejanza con lo que sucede con la cera de una vela encendida, que, al derretirse, resbala y va formando capas superpuestas.



Algunos peces viven en profundidades de 6.000 y 7.000 metros, y, por tanto, su organismo soporta presiones de más de 900 atmósferas. Si pusiéramos en aquellos abismos una caja metálica vacía, por ejemplo, de plomo, se aplastaría y deformaría por efecto de tal presión.



—Al chico de la "Ufrasia" le pilló anoche un "auto". Como el pobrecito es ciego...
—Y si es ciego, ¿quién le manda salir de noche?

CHISTE

—¿Tiene usted colocación para mí?
—¿Le conviene de jardinero?
—¿Dejar dinero? ¡Si lo que necesito yo es dinero!

COLMO

—¿Cuál es el colmo de un cerrajero?
—Hacer una llave para abrir las ganas de comer.

Luis Vázquez, 11 años

EL GORREO EN EL CENTRO DE AFRICA



El negro Panchito, fiel aliado de las tropas leales, recibió el encargo de llevar una carta importantísima al general.



Acuciado por la sed, Panchito se detuvo a beber agua en un manantial que encontró a su paso por el desierto de fuego.



Pero un maldito avestruz, a quien le había chocado el pliego que portaba el negrito, aprovechó para comérselo.



Pero Panchito logró apoderarse del tragón, y echándole una soga al cuello, decidió partir y sacarle luego la carta.



Tanto corría el mensajero, que no se dio cuenta de que un fiero tigre se había merendado al glotón del avestruz.



Y Panchito siguió imperturbable tirando de la cuerda y arrastrando a la fiera, a quien se le indigestara la merienda.



De pronto en lontananza apareció un hipopótamo, que salió en persecución de los viajeros sin que Pancho lo notase.



Y sin parar de correr se organizó un cisco de mil diablos entre el tigre y su atacante, que venía con malas ideas.



Cuando Panchito volvió la vista quedó mudo de asombro, pensando: "¿Pero llevo una carta o el edificio de Correos?"



Mas como estaba resuelto a que la carta llegase a su destino, comenzó a tirar del hipopótamo con todas sus fuerzas, llevando al vecino campamento



persuadiéndole de que debía dejarse llevar. Y Panchito logró su objetivo llevando al vecino campamento



la carta con su "sobre". "Aquí le traigo una carta, mi general—exclamó cuadrándose militarmente—. Aquí está".

CORRESPONDENCIA DE Jeromin

Concursos

Solución al concurso número 19
EL CASTILLO DE DON DIEGO

Este concurso nos va a descubrir cuántos y cuán valiosos artistas hay entre los lectores de JEROMIN, con toda su inventiva y su imaginación poé-



N. 1.—Atanasio Gil, de Mazarete.

tica. Hemos comenzado a recibir muy interesantes soluciones, y esperamos recibir muchas más, porque no hay que exigir que estas obras "serias" se improvisen así como así. Por es-

ta razón hemos determinado ampliar por un par de semanas el plazo de admisión de dibujos para este concurso.

Más aún. Hemos decidido que no sea JEROMIN quien por esta vez determine qué obra ha de ser premiada, sino que sean sus amigos y lectores quienes lo decidan por votación. Nosotros publicamos hoy y publicaremos en los dos jueves siguientes los dibujos que creamos más meritorios, dando a cada uno un número convencional, y poniendo al pie el nombre del autor. Cuando el concurso quede cerrado, invitaremos a los lectores de JERO-

MIN, a que nos envíen su voto a favor de la obra, que crean más perfecta. La que resulte favorecida por este plebiscito infantil, será galardonada con el premio.

Rogamos a nuestros pequeños artistas que nos envíen sus dibujos hechos con tinta bien negra, a ser posible con tinta china, nunca con lápiz, y en papel completamente blanco, no rayado. Por no sujetarse a estas condiciones imprescindibles, no podremos publicar algunos dibujos que hemos recibido, muy notables por otra parte. Sus autores pueden enviarnos otros con los debidos requisitos.



N. 2.—María Caballero, de Alcázar de San Juan.

Aventuras de Tarugo y Perdígón



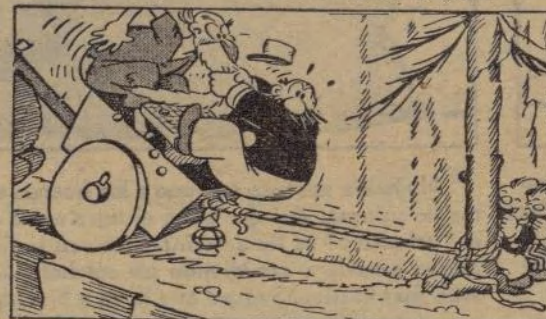
El maldito oso encontró bien pronto a Tarugo y Perdígón, y mientras él se las "entendía" con los pilluelos y Pluma Lacia se dedicaba al arreglo del carretón, el sabio y Terremoto proseguían su interrumpida partida.



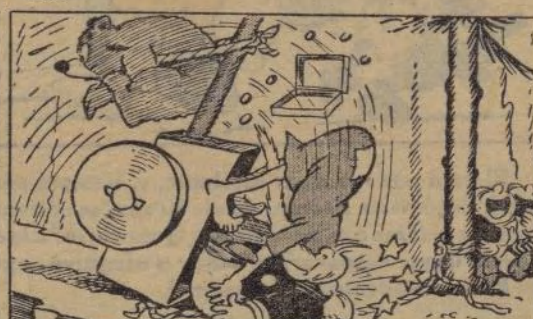
Pero nuestros amigos no escarmentaban de los golpes, y decidieron tomar cumplida venganza de aquel "atentado" de que habían sido objeto las partes más carnosas de sus personas.



Contentos y satisfechos el adivino y el capitán, emprendieron la senda de la gruta del mago, jugando siempre a las damas, y fumando unos puros de a cuarta. Tarugo y Perdígón habían preparado una jugarreta.



"¡Dama!"—gritó el adivino contentísimo. Pero en aquel momento se oyó un crujido siniestro, y la carreta inició un descenso vertiginoso. "¡Capitán, no se agarre a mi barba, por favor!"—gritaba el adivino todo dolorido.



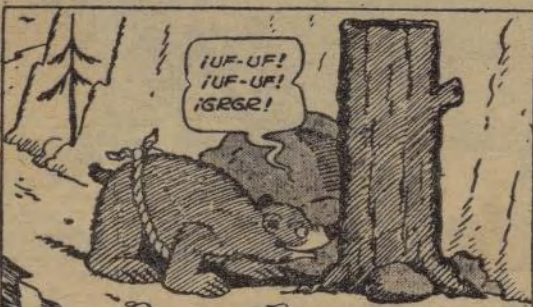
¡Chas! ¡Pum! ¡Burrumbumbum! ¡Plaf! Aquello fué espantoso. Carro, oso y hombres entraron en barrena, viendo las estrellas, la luna, los luceros y todas las constelaciones. El batacazo fué terrible.



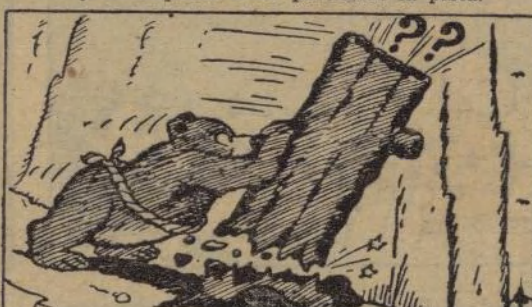
Los pilluelos emprendieron una carrera a tono con la perspectiva de azotes que presagiaban; pero el oso, que para policía no tenía precio, había echado "la visual" a los fugitivos y se disponía a no perderlos la pista.



Pero Tarugo y Perdígón se habían oído el pisto que se iba a organizar, y se escondieron en sitio seguro. "Arrea, tú—exclamaba Perdígón—. Escondete pronto, que ese odiado oso tiene peor intención que siete miuras juntos."



Y, en efecto, el osito no era de los que se dejan engañar por las buenas, y así que llegó al tronco hueco aplicó el hocico a la corteza como si dijera: "Me parece que en este escondrijo hay más de un gato encerrado."



Y sacando fuerzas de flaqueza, ¡plum!, se lió a saouirle trastazos al árbol. "Vaya paliza que nos está dando este ladrón"—decía Tarugo. "Esto no es un oso—afirmaba Perdígón—. Esto es el diplodocus con pelo y hocico."



El tronco, separado de su base por el impetu de la fiera, comenzó a rodar por la pendiente, batiendo todos los "records" de velocidad de España y el extranjero. Solamente que iba a terminar trágicamente.



En efecto, el tronco se estrelló contra unas rocas, y los que entonces vieron el firmamento enterito fueron Tarugo y Perdígón; y para darles la puntilla, llegaba en aquel momento el oso, con el ánimo de perjudicarles.



Mientras tanto, el adivino, que ya se había repuesto del "morrón", estudiaba atentamente la forma de ganar siempre a las damas. Terremoto se había repuesto de un garrote para "saludar" a los pilluelos.

LOS NAUFRAGOS DEL "AIRÓN" ADAPTACIÓN HECHA PARA "JOTONIII"

CAPITULO XXIII

La muerte de Enrique

Una vez hecha la succión, con los dedos alargó el corte, obligando a salir fuera la sangre por medio de una presión energética; en seguida cogió la tea, que aún no se había apagado, y la punta, que estaba enrojecida, la aplicó sobre la incisión.

El marinero, al sentirse quemar la carne, medio saltó, como si le hubiesen aplicado una corriente eléctrica, gritando con voz entrecortada:

—¿Qué es lo que hace usted, señor?

—Cálmate, Enrique; trato de salvarte—repuso Albani con voz conmovida.

El marinero se movió; pero el marino le tenía sujeto con una mano, mientras con la otra continuaba quemando la carne.

—Sufro... mucho... señor. Me parece que... el corazón... se me hiela... éramos tan felices...

—Cállate, mi querido amigo—exclamó el señor Albani, limpiándose las lágrimas que le corrían por las mejillas.

—Señor... la cabeza me da vueltas... me parece que arde el cerebro... ¡Pequeño Picolo... quiero ver al muchacho... quie...

No pudo concluir. De improviso le faltaron las fuerzas, y cayó hacia atrás con los ojos extraviados. Su cuerpo quedó rígido y frío. Albani, junto a él, parecía la estatua del abatimiento. Un grito le sacó de su abstracción. El grumete acababa de aparecer entre la floresta.

—¡Santo Dios! ¿Qué ha sucedido?

—Le mordió una serpiente.

—¿Y se muere?

—No desesperemos, mucha-



cho mío—dijo Albani sin poder contener las lágrimas.

—¡Ah!... Sávele usted, señor Albani. ¡Usted que sabe tantas cosas, puede arrancarlo de la muerte!

—He intentado todos los medios. Corre a buscar agua.

—Tengo mi cantarilla llena. Tome usted, señor.

Albani cogió el receptáculo que le alargaba el mucha-

cho y lavó la sangre que continuaba saliendo de la herida; después, viendo que la pantorrilla del marinero se había hinchado mucho, desató el pañuelo y lo ató más arriba para evitar la pérdida del miembro herido.

Enrique continuaba sin conocimiento; pero poco a poco la palidez de su rostro fué adquiriendo un tono menos transparente, y la respiración, anhelosa antes, comenzaba a ser más tranquila y regular. Albani le tomó el pulso, y observando que no estaba más agitado, una viva emoción se pintó en su semblante.

—Picolo—exclamó dirigiéndose al muchacho, que continuaba llorando—, me parece que va a realizarse un milagro, en el que antes no creía. Creo que podré salvar a nuestro compañero.

—Entonces, ¿no era venenosa la serpiente?

—De las más venenosas, porque las serpientes de "anteojos", matan al hombre más robusto en un cuarto de hora, y Enrique vive todavía, y hasta me parece que está mejorado. De todas formas no puedo explicarme cómo ha sido. Ve a mirar debajo de aquellas plantas, quiero encontrar la causa de esta cura maravillosa. La serpiente salió de allí.

—¿Qué es lo que espera usted que encuentre?—preguntó el muchacho sorprendido.

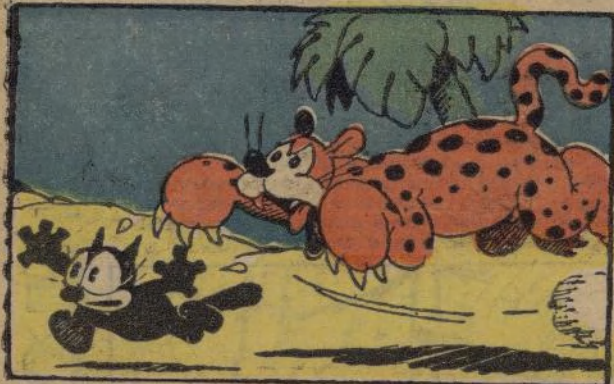
—¿Algún remedio?

—Tú ve y mira. Vuelvo a repetirte que no me explico el que nuestro querido compañero no haya muerto.

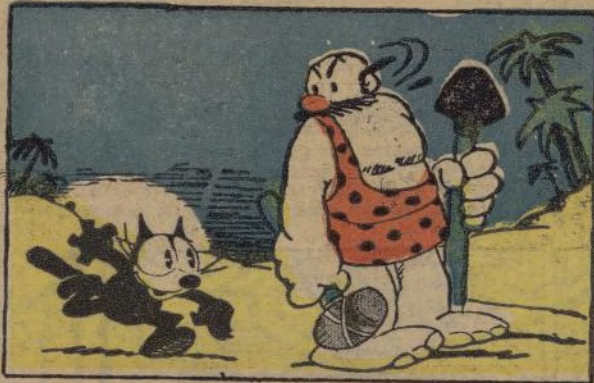
Fin del capítulo XXIII

No dejéis de leer el próximo capítulo.

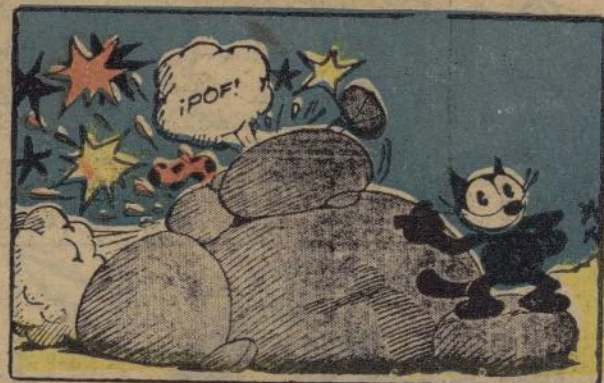
ANDANZAS DE GATO FELIX



Félix ya había encontrado acomodo entre los habitantes prehistóricos, y cuando salía a comprar un bocadillo de cemento que le habían encargado se dió de manos a hocico con un feroz leopardo, que lanzóse sobre él con ánimo de perjudicarlo.



El gato pudo escapar incólume, y, siempre perseguido, llegó hasta su casa, donde su amo se entrenaba en partir piedras con la frente. —¿Qué ocurre?—le dijo al verle llegar despavorido. —Soy un fugitivo—exclamó Félix sin aliento—. ¡Salvadme!



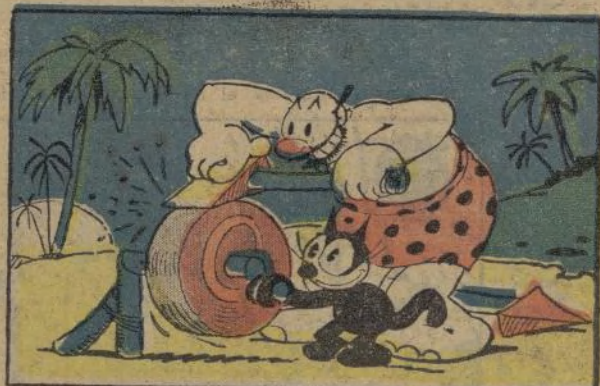
No había apelado en vano a los buenos sentimientos de su amo. Así que llegó el tigre a sus dominios, el "primitivo" se lió a mamporros con la fiera igual que si estuviera sacudiendo un colchón. —Tengo el amo más castizo. Seguro que le va a hinchar al tigre.



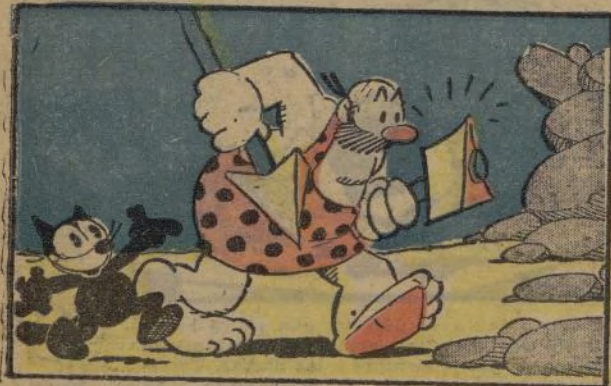
Pero cuando Félix llegó al teatro de la lucha comprobó con sorpresa que el tigre había dejado "k. o." al "primitivo". —¿Cómo ha sido eso?—preguntó Félix. —¿Que cómo ha sido?—rugió el luchador—. Pues con lesiones de pronóstico reservado.



Entonces Félix, fecundo como siempre, decidió dar a su defensor medios para que dejase al tigre para el arrastre, y persuadido de que la derrota del hombre se debía a que sus armas estaban melladas por el uso, trabajó para conseguir una piedra de afilar.



Pronto consiguió su objeto, y el asombro del "primitivo" fué de "aúpa" cuando comprobó que con aquella piedra se afilaban al instante sus armas inservibles, adquiriendo un corte soberbio. —Eres el gato más listo entre los gatos listos—le dijo conmovido.



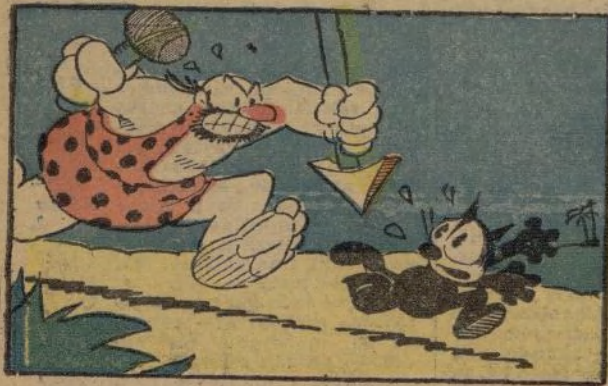
Y dispuesto a vengarse de la paliza sufrida, se encaminó, seguido de Félix, hacia los dominios del tigre, al que pensaba pulverizar y hacerse con su piel un chaleco de entretiempo.



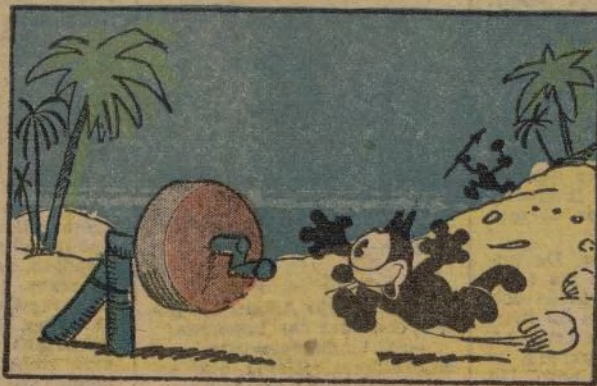
Pero de pronto, se quedaron parados y con las pupilas dilatadas fijas en algo que debía maravillarles. —¿Qué veo?—se oyó decir al "primitivo" entre dientes. —¡Mi abuela!—exclamó Félix—. ¡Me la he "cargao", por torpe! ¡Ay de mí!



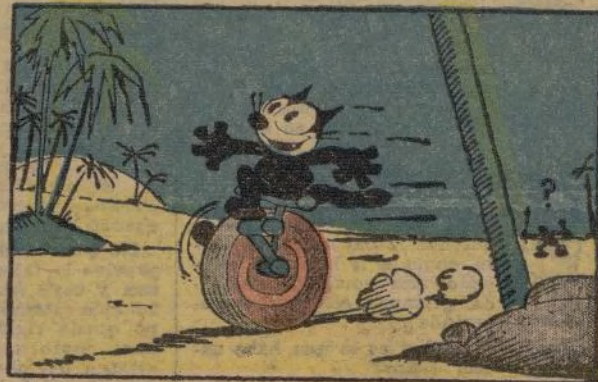
Y he aquí lo que causaba el asombro de los aventureros. El tigre, el maldito tigre, estaba sacando punta y filo a sus uñas en otra piedra de afilar, y hasta oyeron que decía a su hijo: —Afila bien, hermoso, que quiero hacerme una petaca con la piel de ese hombre.



—¡Canalla! ¡Gato miserable!—rugió el "primitivo". —Te voy a machacar el cráneo. Y se lanzó sobre Félix dispuesto a cumplir sus amenazas. Pero el gatito había metido la directa, y se embolsó cuesta abajo, perseguido por el energúmeno.



Media hora duraba ya la persecución, y Félix notaba que le fallaban las fuerzas. —¡Muerto soy!—exclamó. Este adocquín no tendrá piedad de mi cuerpecito. Pero de pronto lanzó un grito de alegría: —¡Gracias a Dios! Estaba salvado.



Y he aquí de la treta que se valió Félix para poner entre él y el "primitivo" tierra de por medio. La piedra, la maldita piedra de afilar, era la que ahora le libraba de la muerte. Gracias a ella se había fabricado un magnífico monociclo.